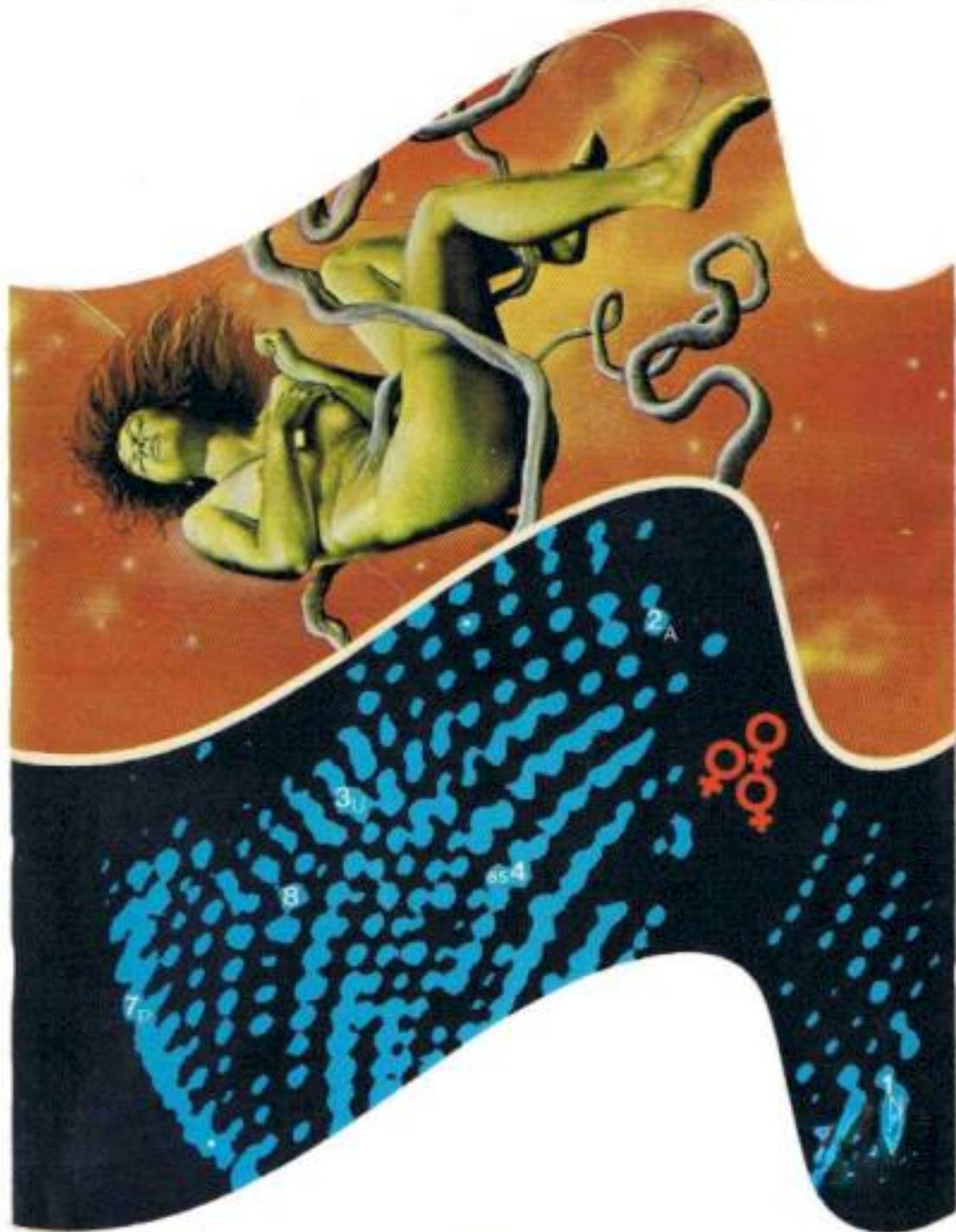


Mujeres y maravillas

PAMELA SARGENT



Sin duda es algo más que una mera coincidencia el hecho de que, en los últimos años, entre los más destacados autores de fantasía y ciencia ficción haya que contar a un buen número de mujeres: Ursula K. LeGuin, Judith Merril, Kit Reed, Joanna Russ (todas ellas incluidas en esta recopilación), y tantas otras que han reivindicado definitivamente para la mujer un género que durante tanto tiempo pareció decidido a darle la espalda.

Y la mejor prueba de ello es esta selección de relatos escritos y protagonizados por mujeres: una antología cuyo más irrefutable alegato feminista es su extraordinaria calidad.

Contenido

Presentación doblemente superflua a una antología doblemente válida, por Carlo Frabetti.

Sobre la antologista.

Introducción: *Mujeres en la ciencia ficción*, por Pamela Sargent.

La niña sueña (The Child Dreams), por Sonya Dorman.

Sólo una madre (That Only a Mother), por Judith Merrill.

Contaminación (Contagion), por Katherine MacLean.

Los habitantes del viento (The Wind People), por Marion Zimmer Bradley.

La nave que cantaba (The Ship Who Sang), por Anne McCaffrey.

Cuando yo era la señorita Dow (When I Was Miss Dow), por Sonya Dorman.

La granja (The Food Farm), por Kit Reed.

Chica, eras grande (Baby, You Were Great), por Kate Wilhelm.

Sexo y/o el señor Morrison (Sex and/or Mr. Morrison), por Carol Emshwiller.

Más vasto que los imperios y más lento (Vaster Than Empires and More Slow), por Ursula K. Le Guin.

Falso amanecer (False Dawn), por Chelsea Quinn Yarbro.

La casa de nadie (Nobody's Home), por Joanna Russ.

Bruma, Hierba y Arena (Of Mist, and Grass, and Sand), por
Vonda N. McIntyre.

Presentación doblemente superflua a una antología doblemente válida

Al contrario de mis otras presentaciones, que suelen ser sencillamente superfluas, ésta lo es doblemente. Primero, porque el extenso y muy interesante prólogo (¡sobre todo, no se lo salten ni lo dejen para el final!) de la propia recopiladora, Pamela Sargent, es más que suficiente, entre otras cosas, como introducción a los relatos seleccionados. Segundo, porque éste es un libro en el que, a nivel intelectual, no ha intervenido ningún hombre, lo cual vere dignum et justum est; no sólo las autoras y la antologista son mujeres, sino incluso la traductora, y es probable que más de una lectora feminista se pregunte, no sin razón: «Y a este tío, ¿quién le ha llamado?».

Por eso quisiera aclarar (al contrario que en otras ocasiones, en que no lo aclaro por si cuela) que no pretendo aportar interpretación, puntualización ni sugerencia alguna con respecto a un libro que habla por sí solo. Por una vez, admitiré abiertamente que mi presencia aquí es puramente rutinaria y se debe en gran medida a la necesidad de justificar unos honorarios como asesor de la colección.

Únicamente querría comentar que, así como me parece sumamente positivo que en un país cerrado al cambio durante tantos años se esté produciendo un cierto boom de la ciencia ficción (que es, por excelencia, la narrativa del cambio), encuentro doblemente interesante que en la lengua a la que corresponde el deshonor de haber cedido a las demás —y por muy buenas razones— el término machismo,

empiece a publicarse una ciencia ficción escrita y protagonizada por mujeres.

Una ciencia ficción escrita y protagonizada por mujeres que es doblemente revulsiva: primero, en la medida en que lo es toda la buena ciencia ficción, y segundo, en la medida en que lo es el feminismo, probablemente la fuerza revolucionaria más rica y prometedora de nuestro tiempo.

CARLO FRABETTI

Sobre la antologista

Pamela Sargent estudió en la universidad del estado de Nueva York, en Binghamton, donde obtuvo su doctorado en Filosofía. Es autora de más de veinte narraciones de ciencia ficción, publicadas en *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, *New Worlds*, *Universe*, *Eron in Orbit*, *Wandering Stars*, *And Walk Now Gently Through the Fire*, *Fellowship of the Stars*, y otras revistas y antologías. También ha escrito una novela: *Cloned Lives* (Fawcett-Gold Medal). Vive en Nueva York.

INTRODUCCIÓN

Mujeres en la ciencia ficción

I

La historia de las mujeres en la ciencia ficción muestra con toda claridad la gradual aparición de un conjunto de obras caracterizadas por la nueva perspectiva que han tomado como base sus autoras.

Esta nueva perspectiva forma parte, naturalmente, de la buena ciencia ficción, donde hasta cierto punto siempre ha estado presente, y de los nuevos intereses sociales y futurológicos de la cultura en todos sus aspectos.

En el pasado, las mujeres, tanto si nos referimos a las escritoras de cuentos y novelas de ciencia ficción como a los personajes femeninos que con toda una caracterología específica aparecen en tales cuentos y novelas, formaban parte de la ciencia ficción sólo esporádicamente. A lo largo de los últimos veinte años han entrado más mujeres en este campo. Algunas lograron inicialmente ser aceptadas imitando a los escritores masculinos, demostrando que podían hacerlo tan bien como ellos, o incluso mejor. Otras exploraron el mismo terreno que los autores masculinos, pero desde una perspectiva diferente. Existen signos evidentes, sin embargo, de que tanto los escritores femeninos como los masculinos están comenzando a trabajar sobre un nuevo

terreno, al tiempo que van poniendo en cuestión aquellas afirmaciones que siempre han dominado en este género. No obstante, la ciencia ficción, globalmente hablando, refleja todavía la sociedad en la que está inmersa.

La mayor parte de la ciencia ficción la han escrito los hombres, y aún hoy los escritores varones son una mayoría. Sólo entre un diez y un quince por ciento son mujeres. La inmensa mayoría de los lectores son igualmente hombres, y un buen número de ellos son jóvenes o niños que dejan de leer con regularidad ciencia ficción cuando se hacen mayores. Es difícil ofrecer cifras exactas a este respecto, pero las publicaciones especializadas en ciencia ficción han declarado en varias ocasiones que la gran masa de sus suscriptores son hombres; no es raro que las cifras arrojen un resultado de un noventa por ciento de lectores masculinos y sólo un diez por ciento de femeninos.

Esto no resulta en absoluto sorprendente si se considera la relación que hay entre la ciencia ficción y la extrapolación científica y tecnológica, y el hecho de que se acepte como algo normal el que la ciencia y la tecnología sean dominios masculinos. Las mujeres han sido siempre disuadidas de seguir estudios científicos sobre la base de diversos razonamientos: que no poseen aptitud para ello, que son esencialmente intuitivas, y no racionales, que tienen una gran tendencia a la frivolidad y al interés por el «aquí y ahora», y que son inherentemente hostiles a todo tipo de exploración intelectual, por ser básicamente conservadoras. Desde un punto de vista práctico, no hay duda de que parece absurdo que una mujer invierta el tiempo y el esfuerzo requeridos en el estudio científico para luego quedar relegadas al papel de esposa y madre. Muchas veces se ha acusado a las mujeres que estudiaban ciencia y tecnología, y aún hoy sigue haciéndose, de estar ocupando puestos que podrían haber sido destinados a los hombres. Y lo mismo sucede hartos a menudo en otras disciplinas intelectuales; pero el estudio del arte, la literatura o las ciencias sociales puede

serle disculpado si lo hacen, no para ocuparse en ellos demasiado, sino para ser una madre mejor, una compañera intelectual más interesante para el marido, o como mero entretenimiento. El esfuerzo a largo plazo que la sociedad exige a los que estudian alguna rama de la ciencia es considerado como un enemigo de los roles que se supone han de desempeñar las mujeres.

Hay muchos científicos que declaran que empezaron a interesarse por la ciencia al leer ciencia ficción en su juventud. Los escritores, normalmente varones, sabiendo que sus lectores lo son igualmente en su gran mayoría, escriben casi siempre directamente para hombres. Como consecuencia, las jovencitas no suelen encontrar nada que les interese a ellas personalmente en la ciencia ficción. Ya disuadidas de todo interés en la tecnología, la mayoría de las jóvenes encuentran poca cosa de provecho en unos libros en los que los hombres son los únicos que toman parte en las aventuras y las diversiones.

Podemos quizá comprender por qué los escritores de ciencia ficción toman como válidos ciertos presupuestos, al igual que lo hacen las demás personas inmersas en esta sociedad. Las mujeres, lo mismo que las minorías raciales, sufren las consecuencias de tales presupuestos. Si la ciencia es coto de los varones, lo es también de los varones blancos. Ahora es más común encontrar negros o personas pertenecientes a otras minorías raciales representadas como personajes en los relatos de ciencia ficción, si bien el número de escritores de ciencia ficción negros puede contarse con los dedos de una mano. Los personajes femeninos, por el contrario, hace mucho que vienen apareciendo, pero normalmente en papeles sin importancia. Uno se pregunta, maravillado, cómo es que un tipo de literatura que se enorgullece de explorar alternativas o afirmaciones contrarias a lo que normalmente creemos no se haya interesado más por los roles que jugarán las mujeres en el futuro. Existen dos respuestas posibles, si bien una no excluye a la otra. O

bien que la ciencia ficción no es tan atrevida u original como a algunos de sus autores les gustaría creer, limitándose esto a ser más un ideal que una realidad, o bien que esta literatura, destinada a poner en cuestión nuestras creencias, no puede evitar reflejar lo muy profundamente que ciertos prejuicios han arraigado en ella... pese a haber logrado algunos éxitos en lo que se refiere a una liberación imaginativa con respecto al tiempo y el lugar.

Resulta irónico que el primer escritor de ciencia ficción fuera una mujer, Mary Shelley, hija de la feminista del siglo XVIII Mary Wollstonecraft. Aunque influida por la literatura de terror de su época, tanto en el espíritu como en la forma, la novela *Frankenstein* (1818) de Mary Shelley refleja también un conocimiento de los nuevos descubrimientos científicos de su tiempo, los primeros momentos de la industrialización. El autor y crítico británico Brian Aldiss ha escrito:

Combinando (...) la crítica social con las nuevas ideas científicas, y al tiempo que describe el panorama de su tiempo, Mary Shelley se anticipa a los métodos de H. G. Wells cuando escribe sus novelas científicas, así como a algunos de los autores que le siguieron^[1].

Aquello que Aldiss llama «la primera auténtica novela de ciencia ficción» ha tenido una obvia y enorme influencia. La historia de Frankenstein es un relato poderoso, que refleja el conflicto entre el cada vez más amplio conocimiento científico y el miedo a que ese conocimiento nos destruya, lo mismo que destruye a Frankenstein su monstruosa creación.

Interesa aquí hablar un poco de la novela *Frankenstein*. Ellen Moers señala que la novela de terror en manos de la autora más popular del siglo XVIII, Ann Radcliffe, se convierte en «un sustituto femenino de la picaresca, donde las heroínas disfrutaban de todas las aventuras que los héroes masculinos hacía mucho tiempo que venían experimentando en la literatura»^[2]. Pero Moers llega incluso a decir:

¿... qué podríamos decir del enorme giro que a la tradición de terror le daría una mujer una generación más tarde? El Frankenstein de Mary Shelley, publicado en 1818, introduce la novela de terror y fantasía dentro de lo que hoy llamamos ciencia ficción. Frankenstein aporta una nueva dimensión a la literatura de terror, y lo hace sin heroínas, sin que ni siquiera aparezca una víctima importante que sea mujer^[3].

Es interesante destacar la ausencia de personajes femeninos importantes en esta novela, que introduce una nueva forma literaria y establece el molde de las obras posteriores de ciencia ficción.

Brian Aldiss, resumiendo lo realizado por Mary Shelley, escribe:

Oscurecida por la reputación de su marido, su obra quedó excesivamente ignorada. También la ciencia ficción ha sido ignorada hasta época reciente. Lo mismo que la reputación de Mary, la de la ciencia ficción se halla aún en la balanza^[4].

Las escritoras de ciencia ficción han sido una minoría desde la época de Mary Shelley. Una excepción en el siglo XIX fue Rhoda Broughton, sobrina del escritor de relatos

fantásticos Sheridan Le Fanu. La obra de Broughton *Behold It Was a Dream*, un relato sobre precognición, fue publicada en 1873. En la historia, una joven, Dinah Bellairs, visita a unos amigos y tiene un sueño que pronostica detalladamente su trágica muerte. Pero hay que esperar a los primeros años del siglo XX para que otra mujer marque un hito en la ciencia ficción.

Francis Stevens, cuyo verdadero nombre era Gertrude Barrows, nació en 1884. Su primera obra publicada, *The Nightmare*, apareció en 1917. Viuda y responsable del mantenimiento de su madre y de su hijo, escribió ciencia ficción haciendo gala de una gran fantasía. Una de sus novelas de ciencia ficción, *The Heads of Cerberus*, se publicó en 1919, por entregas, en *The Thrill Book*, de Street & Smith; más tarde fue reeditada por Polaris Press, en 1953, en una edición limitada.

The Heads of Cerberus puede que sea la primera obra de ciencia ficción en la que se utilice el concepto de tiempo paralelo; en ella se sostiene que existen mundos paralelos que se han desarrollado de una manera diferente al nuestro, como resultado de opciones, circunstancias y desarrollos históricos también diferentes. Desde entonces, este tema se ha repetido una buena cantidad de veces en ciencia ficción^[5]. En la novela de Stevens, Robert Drayton, su amigo Terence Trenmore y la hermana de éste, Viola, viajan a una Filadelfia futura en un mundo paralelo. A Viola Trenmore, que en el relato cumple ese papel tradicional que limita el interés de los personajes femeninos al amoroso, se la describe también como una mujer valerosa y determinada.

El final de la vida de Francis Stevens es tan misterioso como algunas de sus novelas. Después de trasladarse a California, sencillamente desapareció. Una carta que le enviara su hija en 1939 le fue devuelta y todos los intentos por dar

con su paradero resultaron inútiles. Hasta hoy, nadie sabe lo que fue de ella.

Otra bien dotada escritora de ciencia ficción y fantasía es C. L. Moore. Catherine Moore comenzó a escribir en la década de los años treinta, y lo mejor de su obra es el ambiente hipnótico con que rodea sus relatos. Moore estaba inclinada a escribir desde el punto de vista masculino, cosa necesaria para cualquiera que deseara publicar sus relatos en las revistas que dominaban el campo de la ciencia ficción en América desde 1920. Un buen número de sus relatos se centran en las aventuras de Northwest Smith, un rudo soldado de fortuna que viajaba por todo el sistema solar. Pero Moore escribió también relatos fantásticos con una protagonista femenina, Jirel de Joiry, una poderosa amazona.

Uno de los esfuerzos más logrados de Moore es la novela corta *No Woman Born*. A la protagonista, una bailarina llamada Deirdre, le fue trasplantado el cerebro a un cuerpo de robot poco después de morir en un incendio. Pese a su cuerpo de metal, se ve compelida a bailar de nuevo. Los hombres que aparecen en esta historia, deseosos de protegerla, quieren impedirle que regrese a los escenarios. Maltzer, el científico que había proporcionado a Deirdre su nuevo cuerpo, teme que el auditorio la repudie y ello dañe a la bailarina. Pero Deirdre insiste, da una representación con éxito y demuestra a Maltzer lo importante que es para ella continuar su contacto con la humanidad a través de la danza.

El relato de Moore es importante por diversas razones. Se trata de una interesante muestra de ciencia ficción cuyo interés reside no en la intriga de la aventura sino en la relación entre los personajes. Y aún más importante que por esto lo es porque se trata de uno de los primeros exponentes del tema del ciborg, una persona que es parcial o mayoritariamente una máquina. Deirdre, en su cuerpo de metal, ha conseguido nuevos sentidos que sustituyen a los

que ha perdido (los del olor, el gusto o el tacto), y se da cuenta de que puede encontrarse fácilmente marginada de los seres humanos que la rodean. Cree que puede evitarlo mediante el contacto con el auditorio que le proporciona su danza. Los hombres que aparecen en la narración sienten pena por ella, viéndola atrapada y marginada en su cuerpo mecánico. Sin embargo, Deirdre logra que un nuevo mundo perceptual se abra ante ella, y consigue también crear un nuevo estilo de baile.

C. L. Moore se casó, en 1940, con otro escritor de ciencia ficción, Henry Kuttner, y ambos colaboraron mutuamente en gran parte de sus obras. El escritor y crítico de ciencia ficción Damon Knight hace el siguiente comentario acerca de la unión de esos dos talentos tan diferentes:

Los relatos de Kuttner anteriores a su matrimonio habían sido brillantes, pero superficiales, bien contruidos, pero sin un gran contenido o convicción; Moore había escrito relatos fantásticos llenos de significado, pero un tanto flojos. En la década de los cuarenta, cuando comenzaron a trabajar juntos, sus relatos variaron de rumbo, y en ellos la solidez práctica de los argumentos de Kuttner parecía proporcionar un molde a la imaginación poética de Moore^[6].

Una de esas colaboraciones es *Vintage Season*, una bien ambientada narración acerca de unos visitantes procedentes del futuro en busca de alguna diversión a costa del protagonista del siglo XX, y está considerada como un clásico en su género. Continuaron escribiendo juntos y por separado hasta la muerte de Kuttner, súbitamente acaecida en 1958.

Leigh Brackett, que comenzó a escribir ciencia ficción durante los años cuarenta, se convirtió en una prolífica escritora de relatos y novelas divertidos, y todavía hoy conti-